

empleó un ardid, que ya desde la segunda entrada se había ensayado. Algunos soldados prácticos en la guerra con los indios, ya sabían distinguir las emboscadas por más artificio que se usase en encubrirlas: además los indios amigos también sabían discernirlas, y oportunamente daban aviso de su existencia. Así fué que el capitán general Montejo detuvo su marcha, con el aviso que le dieron los batidores de haberse descubierto, entre el bosque por donde caminaban, las señales ciertas de haber una palizada de media luna que por uno y otro lado prolongaba sus líneas, como dos enormes cuernos. Montejo dictó sus órdenes; dividió su fuerza en tres secciones: la gente de á caballo con algunos peones ocupó el centro del camino que llevaban, y recibió órdenes de marchar de frente cuando las dos alas del ejército iniciasen el ataque: con el resto de la infantería formó dos escuadras, la una llamada de Santiago, y la otra de San Francisco. La escuadra de Santiago se introdujo en el bosque á la mano derecha, detrás de la palizada, y la escuadra de San Francisco ejecutó igual operación por el lado izquierdo, llevando instrucciones ambas escuadras de marchar hasta dar en el cabo de la albarrada, y luego cerrar contra los indios, atacándolos por detrás, en tanto que la sección del centro avanzaba resueltamente hacia el frente.

Los capitanes ejecutaron diestramente la operación y los indios, viendose acosados por detrás, destruída y abierta la trinchera, intimidados por el sonido de los arcabuces, hostigados por los ginetes,

hicieron muy poca resistencia, y huyeron dejando libre el paso á los españoles.¹

Esta derrota no desalentó á los mayas, porque el ejército español encontró más adelante nuevas trincheras, defensas y palizadas, y aun hubo día en que fué necesario arrostrar con tres encuentros serios. Las albarradas eran asaltadas y tomadas con el mismo ardid antes enunciado, que desde entonces se volvió el medio más seguro de vencer á los indios sin dificultad ni tardanza.

Al aproximarse al pueblo de Sihochac, lugar importante, residencia de un cacique subalterno del de Champotón, se creyó prudente enviar cuatro exploradores, al mando de Alonso Rosado, que investigasen la situación del pueblo. Con grandes precauciones se acercaron é hicieron un reconocimiento detallado, y volvieron diciendo que los indios de Sihochac estaban apercebidos para pelear: había á la entrada del pueblo una gran albarrada de madera, tierra y piedras que obstruía el camino para entrar al pueblo, el cual por los otros lados estaba circundado de un bosque cerrado de suma aspereza en que no era dable transitar. Con estas noticias, arregló el capitán general su plan de ataque, y dió las instrucciones de asaltar la trinchera principal que cubría la entrada del pueblo; pero flanqueando antes la fortificación para proteger á los asaltantes. Se trabó la batalla con esfuerzo y obstinación entre ambas partes: el primer español que con inaudito arrojo intentó trepar la trinchera, pagó con la vida su osadía; pero este siniestro

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 206.

golpe no detuvo á Alonso Rosado, que detrás del muerto subió también á la trinchera, arrastrando en pos de sí á otros animosos soldados que no quisieron dejarle perecer solo y aislado entre indios fieros. En el primer momento en que Alonso Rosado puso el pié en la trinchera, pasando sobre el cadáver de su amigo, no se sobrecogieron los indios, antes le convirtieron en blanco de sus tiros. Ya herido y jadeante no daba Alonso Rosado tregua á su coraje; seguía adelante con la rodela en una mano, y la espada en la otra, arrollando á cuantos se ponían á su alcance: hubiera al fin caído acribillado de heridas, si no hubiese sido auxiliado por el grueso de los ballesteros, que, viendo un grupo de valientes en la trinchera próximos á perecer, acudieron veloces á protegerlos. Al empuje de los asaltantes, los indios flaquearon, abandonaron la trinchera, y retrocedieron al pueblo. Esta fué la señal de un pánico general entre los defensores de Sihochac, y que se comunicó en breve á todos sus habitantes: guerreros, mujeres, niños y ancianos salieron huyendo en todas direcciones como animales de caza espantados por el ojeo: fué tanta la prisa y el pavor, que nada pudieron llevar consigo, ni sus utensilios, ni su ropa, ni sus provisiones, ni aun los alimentos ya preparados para la comida del día. Los españoles persiguieron á los fugitivos largo trecho, é hicieron gran número de prisioneros.¹

La abundancia de provisiones de que estaban repletas las casas de Sihochac, regocijó á Montejo, pues le permitió saciar á sus soldados á su gusto,

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 206 y 207.

y almacenar víveres suficientes para muchos días.

Se resolvió permanecer algún tiempo en Sihochac para tratar de reducir á la obediencia á los habitantes del pueblo, y dar algún refrigerio y descanso á la tropa. Montejo tampoco quería darse prisa yendo á marchas forzadas sobre Campeche y las provincias internas de la península, pues esperaba refuerzos que le habían prometido, y á algunos capitanes de gran valer que le habían ofrecido venir á acompañarle. Por otra parte, no era poco el daño que había recibido en aquel rudo encuentro: fuera del rodadero muerto en el asalto, había nueve ó diez soldados heridos, entre ellos Alonso Rosado, cuya vida era de gran importancia, pues la falta de tan insigne soldado hubiera sido difícil de reparar. Los heridos necesitaban, pues, ser curados y atendidos para que las heridas no se encohasen.

Llevaba Montejo en su ejército á un hombre de mérito, que unía á las relevantes dotes de caballero perfecto y buen soldado, la de ser herbolario, médico y cirujano, y ejercer esta profesión con caridad y sin interés ninguno: éste era Juan del Rey,¹ quien después de haber estado en Guate-

¹ «Que como dicho tiene el dicho Juan del Rey, sirvió á dios nuestro señor y á su magestad como bueno y leal vasallo suyo, y este testigo bió que todas las veces que se ofreció y fué mandado por su general capitanes y caudillos que saliese fuera del real el dicho Juan del Rey yba con mucho amor y voluntad donde peleaba como buen soldado, y demás de lo dicho el dicho Juan del Rey en todo el campo curaba á todos los españoles y criados suyos y naborias de las heridas que tenían y de otras enfermedades, lo cual hazía con mucha caridad solo por servir á dios y á su magestad y á sustentar la gente, el qual como dicho tiene era gran zurujano y erbolario.» *Respuesta de Diego Briceno á la octava pregunta, en la Probanza de García de Medina.*

mala, donde hizo curaciones de nombradía por sólo amor á la humanidad, vino con Francisco de Montejo, el mozo, á Champotón, le acompañó en toda la conquista, hallándose presente en todas las acciones de guerra, y luego se estableció y vivió en Mérida hasta su muerte, ejerciendo siempre la medicina con entrañable caridad. Cirujano y médico, y único como era, fué solicitado por los capitanes, siempre que había que acometer una empresa peligrosa, y á la par que servía como muy buen militar, curaba con acierto á los españoles y á los indios, y se cuentan muy grandes y peligrosas curaciones que llevó á cabo sin que por ello recibiese cosa alguna: él curó á Bartolomé Rojo de más de veinte flechazos que le atravesaron brazos y piernas; él curó á Gómez de Castrillo de muchas y peligrosas heridas, y así á otros capitanes y escuderos.

Juan del Rey curó á los heridos de Sihochac y ninguno de ellos perdió la vida. Fué un gran beneficio para Montejo el llevar en su compañía á Juan del Rey, pues sin el esmero que empleó éste en curar á los enfermos y heridos, las bajas del ejército hubieran sido numerosas, y acaso la tercera expedición no hubiera alcanzado feliz éxito.

La permanencia en Sihochac permitió el ensayar atraer á los habitantes del pueblo á sus casas, é inclinarlos á reconocer el dominio español. Obró en ello Montejo con mucho tacto, y tras la victoria puso en libertad á todos los prisioneros, los trató agradablemente, enviándolos á llamar á los fugitivos, con promesa de perdonarlos y de restituirlos á la posesión de sus bienes. Viendo los fugitivos prácticamente el comedimiento del ejército español

y las promesas de su general, no tardaron en presentarse solicitando amnistía, y como ésta cuadraba á las intenciones de Montejo, no se manifestó inflexible en concederla, si bien recalcándoles los males que se causaban con su obstinación en resistir á las armas españolas. El pueblo pronto se pobló de nuevo, y en recuerdo de la hazaña de Alonso Rosado, se le dió mas tarde en encomienda para sí y para sus descendientes hasta la tercera generación.¹

Pacificado Sihochac y recobrados los heridos de salud, se continuó viaje á Campeche por tierra, sin que hubiese ningún estorbo que vencer en el camino: la derrota de Sihochac había intimidado á los indios, y en Campeche se contaba con algunos fieles amigos. Llegado á Campeche, Montejo asentó su real, y desde allí envió mensajeros á todos los caciques de la provincia de Kin-Pech y de la limítrofe de Acanul, invitándolos á reunirse en Campeche para que les manifestase el objeto de su venida y el espíritu de paz y conciliación que presidía á sus pensamientos. Acudieron todos los caciques á la cita, con excepción de los de dos pueblos de la provincia de Acanul, que rehusaron acudir, y se mostraron decididos á rechazar el yugo español. En la reunión de Campeche, Montejo, cumpliendo con las instrucciones del gobierno español, y las especiales de su padre, manifestó que no venía á Yucatán para ejercer ninguna violencia, ni á perturbar la vida y sosiego de sus habitantes; que venía á establecerse con sus compañeros y á vivir con ellos

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 208.

en compañía de los indios para enseñarles una nueva religión y acostumarlos á la vida del hombre civilizado; que si no estorbaban el establecimiento de los españoles y la predicación de la religión cristiana, los ayudaría y protegería, y nada tendrían que sufrir de la presencia de los españoles; pero que si por el contrario de alguna manera se oponían, tendría que vencer su obstinación por medio de la guerra con todo su séquito de calamidades. Esta peroración fué dicha por medio de intérprete, pues Montejo llevaba consigo dos esclavos indios: un varón llamado Hcot-Mas, y una mujer llamada Xcahum-Kuk.¹

Todos los caciques reunidos en la asamblea, aceptaron de buen grado la amistad y alianza con los españoles; pero dos de los principales caciques de Acanul,² Na-Poot-Canché-Canul y Nachan-Canché-Canul rehusaron acatar la autoridad de Montejo, y se negaron con firmeza no sólo á acudir á la cita de Campeche, sino aun á consentir en la ocupación de sus pueblos por los españoles. La resistencia de estos caciques era trascendental á las operaciones de Montejo, pues ejercían grande influencia en la provincia de Acanul, por ser descendientes de los fundadores del cacicazgo. Contábase que después de la ruina de Mayapán, á la par que Akin-Chel se trasladó á Tcoh, Xiu á Maní y Cocóm á Tibolón, nueve hermanos Canules salieron también de Mayapán, y fueron á establecerse en los valles y caña-

¹ *Crónica de Calkiní*, pág. 16.—*Cronica de Chiczulub*, numero 4.—*Carta del Cabildo de Merida á su Majestad, de 14 de Junio de 1543*.

² Respuesta de Alonso Rosado á la tercera pregunta, en la *Probanza de García de Medina*.

das que se extienden entre la montaña y la mar, desde Maxcanú hasta Campeche. Estos hermanos Canules se llamaban Ah-Tzab-Canul, Ahkin-Canul, Ah-Paal-Canul, Ah-Zulin Canul, Ah-Chacah-Canul, Xcopa-Cab-Canul, Nabich-Canul, Naum-Canul y Juum-Canul. Que Tzab-Canul se estableció en Calkiní, y quedó constituido cacique de este pueblo, y tuvo por descendientes á Na-Poot-Canche-Canul, á Nachan-Canché-Canul y á Nabatun-Canché-Canul. Los dos primeros fueron los que se pusieron de frente á Montejo, decididos á rechazar de todos modos su dominación.¹

El capitán general Montejo no podía tolerar esta disidencia sin exponerse á que el núcleo de los opositores creciese cada día, y así su pensamiento fué atacar desde luego, y vencer á los cabecillas: de este modo mostraría que no impunemente podían ostentarse enemigos del nombre español. Resolvió quedarse con el grueso de su fuerza en Campeche y enviar á su primo, el capitán Francisco de Montejo, con una cuadrilla de soldados, á sujetar á los rebeldes. El capitán Montejo salió con cuarenta soldados españoles,² dos perros de presa que llamaba «*los gandules*», y algún auxilio de indios amigos que lo sostenían en sus operaciones. Recorrió en todos sentidos la provincia de Acanul, y después de varios encuentros con los caciques rebeldes, los venció, y parece que uno de ellos, Na-Poot-Canche-Canul, pereció en la contienda. El otro Nachan-Canché-Canul, á quien como hermano segundo

¹ *Crónica de Calkiní*, pág. 13.

² *Probanza de García de Medina*.

tocaba el cacicazgo de Calkiní, por muerte de su hermano mayor, fué privado de todos sus derechos, nombrándose en su lugar, como cacique de la provincia de Acanul, á Nabatun-Canché-Canul, quien además ejerció el encargo de tutor de sus sobrinos H Colché é Itzam-Canché, hijos de su hermano Napoot-Canché.¹ En estos encuentros fueron de gran auxilio para el capitán Montejo los dos perros de presa, pues amaestrados como estaban, los azoraban y echaban sobre los indios, y con su fiereza metían la confusión y el terror.²

Pacificada la provincia de Acanul, Don Francisco de Montejo, el mozo, resolvió fundar la villa de San Francisco de Campeche, para que sirviese como de entrada á la provincia, y como puerto principal. Dictó el auto de fundación el año de 1541,³ nombró alcaldes y regidores, y asignó por vecinos de la villa á treinta españoles,⁴ entre los cuales repartió y encomendó los pueblos más cercanos y comarcanos. Edificó rápidamente una iglesia con el título de Nuestra Señora de la Concepción. Estaban ya nombrados los alcaldes y regidores de Campeche y adjudicadas las encomiendas á sus vecinos, cuando llegó á la villa el capitán Gaspar Pacheco, que cumpliendo lo prometido, abandonó la villa de San Ildefonso de los mixtecas, renunció cuatro mil pesos anuales de repartimiento que le habían tocado

1 *Crónica de Calkiní*, pág. 16.

2 «Otro si digo que un Francisco de Montejo, sobrino del Adelantado, yendo por capitán general, tenía dos perros que se llamaban los Gandules y los azoraba y cebaba en los indios.» *Capítulos puestos á D. Francisco de Montejo por los moradores de Yucatán, por excesos que habia cometido.*

3 Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 208.

4 *Probanza de García de Medina.*

por sus servicios como conquistador de Nueva-España, y se vino á Yucatán trayendo á su costa veinticinco hombres de á caballo bien pertrechados.¹ Llegó también Juan de Sosa,² con su mujer, hijos, criados y algunos esclavos negros, y Diego de Vargas, con su esposa y dos hijas, con ánimo de domiciliarse en Campeche. La llegada de Diego de Vargas³ fué muy provechosa á Montejo, porque vino trayendo muchas mercaderías para comerciar, tales como camisas, ruanes y armas. Don Francisco de Montejo todo lo aprovechó perfectamente: sus soldados andaban muy necesitados de ropa y armas, y tomó todas las mercancías á Diego de Vargas, las distribuyó, y premió al comerciante con una encomienda de uno de los pueblos de la provincia de Ah-kin-Pech. Diego de Vargas se radicó con su familia en Campeche, abandonó el oficio de comerciante, y se alistó en el ejército. Otra adquisición fué la del capitán de infantería Francisco Tamayo,⁴ que vino á agregarse á la expedición. Con éstos, y otros capitanes y soldados que de Chiapas, Tabasco y Nueva España vinieron, creció el ejército de Montejo hasta cuatrocientos hombres de á pié y de á caballo.⁵ Estaba, pues, en aptitud de internarse en la península y acabar de desarrollar el plan trazado

1 Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 200.—*Probanza de D^a María Josefa Fernández Buendía y Solís.*

2 *Probanza de méritos y servicios de Juan de Sosa.*

3 *Probanza de Diego de Vargas ante el Lic. Alonso Ortiz, alcalde mayor y juez de residencia de Yucatán, en 14 de Enero de 1557.*

4 *Probanza de Juan de Magaña.*

5 *Relación del cabildo de la ciudad de Mérida, hecha por Don Martín de Palomar.*

por su padre. Era su secretario Rodrigo Alvares,¹ venía por capellán de la tropa el padre Francisco Hernández,² y más tarde sirvió de maestro de campo Francisco de Bracamonte.³ Decidió, pues, mover su ejército, si bien tomando prudentes precauciones, aleccionado como estaba de la poca confianza que podía tener en recibir auxilios de los indios: sabía que éstos estaban listos á armarle celadas, que cegaban los pozos y aguadas, que alzaban los bastimentos y obstruían los caminos con cuerpos de hombres y animales muertos y toda clase de inmundicias que inficionasen la atmósfera, y decidió hacer el viaje por pequeñas etapas, aunque se prolongase por más tiempo.

El capitán Gonzalo Mendez, al mando de la cuadrilla de mejicanos auxiliares de la conquista, salió en compañía de otro capitán y algunos soldados españoles á ocupar el pueblo de Tenabo. Llevaban como provisiones una gran partida de cochinos,⁴ y por instrucciones que pasados algunos días de estar acuartelados en Tenabo, pasasen á ocupar Hecelchakan, en tanto que el grueso de la fuerza, saliendo de Campeche, vendría á acampar á Tenabo, y en este mismo orden continuasen su marcha.⁵

Así se cumplió exactamente: Gonzalo Mendez y Francisco de Montejo, el sobrino, asentaron el real

¹ Información de servicios de Don Francisco de Montejo, hijo del Adelantado del mismo nombre.

² Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 213.

³ Respuesta de Hernando de Bracamonte á la quinta pregunta, en la *Probanza de García de Medina*.

⁴ *Crónica de Culkini*, pag. 16.

⁵ *Probanza de García de Medina*.

en Tenabo, y permanecieron allí algunos días explorando la situación de los demás pueblos de Acanul. De allí pasaron á Hecelchakan, y el capitán general Don Francisco de Montejo, poniéndose en movimiento con toda su fuerza, entró en Tenabo.

De Hecelchakan pasó la vanguardia á Poeboc¹ en donde un accidente desgraciado introdujo grande alarma. Ocupado el pueblo, los españoles se habían fortificado en él con intento de tomar allí algún descanso, sin recelo de ser sorprendidos por los indios. Una noche, mientras los soldados estaban entregados al sueño tranquilamente, la casa en que estaban acuartelados empezó á incendiarse inopinadamente, y como el viento ayudaba, no menos que el material de la casa, no tardó el incendio en tomar grandes proporciones. El primer pensamiento de los españoles, al despertar, fué que los indios los atacaban, y así, armándose de prisa, salieron en busca del enemigo, atendiendo más á prepararse para resistir el asalto que á sofocar el incendio. Con esto, todo quedó aburado con el cuartel: la ropa, los bastimentos y aun algunas armas y municiones de guerra, y al persuadirse que el incendio había sido casual, y que ninguna señal de hostilidad había de parte de los indios, quedaron los españoles desconcertados, viéndose en la más triste situación, sin ropa con que vestirse, ni alimentos que comer. A toda prisa salió un mensajero llevando la noticia al puesto más inmediato de españoles que estaba en Hecelchakan. De allí les acudieron inmediatamente con socorros, y pudieron seguir su

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 210.

marcha á Calkiní, donde los esperaba su fiel amigo Nabatun-Canché-Canul.

El capitán general Montejo dió cierta solemnidad á su entrada en Calkiní, como capital que era del cacicazgo de Acanul.¹ Al llegar al cabo de la población, una descarga cerrada de ballestas y arcabuces anunció á los habitantes de Calkiní que el capitán general iba á entrar al pueblo, y otra descarga lo saludó al tomar posesión de la casa en que debía morar. Fué recibido por el cacique Nabatun Canché-Canul, á la sombra de una corpulenta y frondosa ceiba que había en la plaza del pueblo, y bajo cuyas ramas se acostumbraba tradicionalmente verificar ó conmemorar los sucesos importantes de la vida pública del pueblo. Allí Nabatun Canché Canul rindió pleito homenaje al rey de España, y aceptó su vasallaje, con la obligación de pagar un tributo en maíz, algodón y gallinas de la tierra. Montejo nombró por encomendero de Calkiní á Gaspar Pacheco, quien tomó posesión de su encomienda. Nabatun-Canché-Canul le obsequió con dos esclavos comprados por el pueblo con el fin de regalarlos á su encomendero. Pacheco les hizo aprender la carpintería, y más tarde les dió la libertad, y fueron los primeros carpinteros de Calkiní.

Desde Calkiní el ejército pasó á ocupar el pueblo de Tuchi-caan ó Tchicaan,² que estaba situado entre Calkiní y Maxcanú. Allí se asentó el real durante dos meses, pues el capitán general Montejo

¹ *Crónica de Calkiní*, pág. 16.

² *Probanza de García de Medina*.

resolvió esperar que el ejército allegase todos sus recursos, á fin de asegurar el éxito en la entrada de las provincias de Chakan y Ceh-Pech, en donde pensaba haberselas con muy crudos y tenaces enemigos, y sería indispensable mucha fuerza y energía si no se quería fracasar en sojuzgarlos.